



Nazismo y populismo: una aproximación historiográfica

Paolo Paris¹

Resumen

Este trabajo va a intentar dar respuesta a algunos interrogantes recurrentes sobre el funcionamiento político del nazismo relacionado sobre todo a su carácter populista. A través de un recorrido historiográfico y apoyándome en la teoría de Ernesto Laclau, pretendo explorar la vaguedad e indeterminación del discurso nazi, tanto en cuanto al público al que se dirige como en sus postulados políticos. El recorrido historiográfico incluirá a: Patricio Geli, Eric Hobsbawm y Jorge Saborido. A través de sus propuestas trataré de establecer un estado de la cuestión sobre la historiografía referida al nazismo, su surgimiento, su composición, su 'ideología', el papel del líder, el papel de las masas, su funcionamiento político hacia el interior y hacia el exterior de Alemania. Para luego introducir la crítica de Laclau, basada en una noción de sujeto que surge de nuevos aportes de la psicología, la lingüística y la filosofía. Esto nos llevará a revisar las explicaciones sobre el nazismo propuestas hasta el momento y cuestionar la mirada de la historia, revisando varios conceptos transversales como identidad, política, democracia, pueblo, clase, objetividad, sociedad, hegemonía, discurso, líder, etc.

Palabras clave

nazismo - populismo - identidad

Nazism and populism: a historiographical approach

Abstract

This article tries to answer some questions regarding the political functioning of Nazism and its relationship to populism. Taking Laclau's theoretical assumptions as a starting point I explore the ambiguity and indetermination of the Nazi discourse. Also drawing on the works of Patricio Geli, Eric Hobsbawm and Jorge Saborido I will analyse the historiography of Nazi studies, its emergence as political movement, its social composition, its ideology, the role of the leader and the masses, etc. After doing that, I will introduce Laclau's criticism based on a distinctive notion of the subject that combines findings in the fields of psychology, linguistics and philosophy. This will allow an alternative reading of history paying attention to questions such as identity, politics, democracy, people, class, objectivity, society, hegemony, discourse, leader, etc.

Keywords

Nazism - populism - identity

¹ Estudiante de la Lic. en Historia, Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales, UNPSJB.
ppaolo_84@hotmail.com

No hay nada de malo, por supuesto, en condenar el Holocausto. Lo que es incorrecto es que esa condenación reemplace a la explicación, que es lo que ocurre cuando ciertos fenómenos son percibidos como aberraciones carentes de toda causa racional comprensible. Sólo podemos comenzar a entender el fascismo si lo vemos como una de las posibilidades internas inherentes a nuestras sociedades, no como algo que está fuera de toda explicación racional.

Ernesto Laclau (2009: 310)

La catástrofe alemana no proviene solamente de aquello que Hitler ha hecho de nosotros, sino de aquello que nosotros hemos hecho de él. Hitler no ha venido del exterior, no era, como muchos lo imaginan hoy, una bestia demoníaca que ha tomado el poder a solas. Era el hombre que el pueblo alemán demandaba y el hombre que hemos hecho dueño de nuestro destino glorificándolo sin límites. Porque un Hitler no aparece sino en un pueblo que le desea y tiene la voluntad de tener un Hitler.

Baldur Von Schirach, *J'ai cru en Hitler* (1968: 149)

Introducción

El nazismo ha sido un importante eje de debate (y presumo que seguirá siéndolo) para la historia y otras ciencias sociales. Por un lado, porque despierta muchas preguntas sobre el comportamiento político y social. Y por otro, por el horror del genocidio, que a simple vista parece inexplicable e in-humano. Este trabajo va a intentar dar respuesta a algunos interrogantes recurrentes sobre el funcionamiento político del nazismo relacionado sobre todo a su carácter populista. A través de un recorrido historiográfico y apoyándome en la teoría populista de Ernesto Laclau, pretendo explorar la vaguedad e indeterminación del discurso nazi, tanto en cuanto al público al que se dirige como en sus postulados políticos; el lugar del líder y su incidencia en la formación de un movimiento como el nazismo; el papel del concepto de clase para la explicación del nazismo.

El recorrido historiográfico incluirá a: Patricio Geli, Eric Hobsbawm y Jorge Saborido. A través de sus propuestas trataremos de establecer un estado de la cuestión sobre la historiografía referida al nazismo, su surgimiento, su composición, su 'ideología', el papel del líder, el papel de las masas, su funcionamiento político hacia el interior y hacia el exterior de Alemania. Para luego introducir la crítica de Laclau, basada en una noción de sujeto específica, tal vez distinta a la de los autores anteriormente citados, que en definitiva promueve la revisión de las explicaciones del nazismo propuestas hasta el momento. Esta nueva noción de sujeto surge de los aportes de la psicología, la lingüística y la filosofía y nos lleva a cuestionar ontológicamente la mirada de la historia, revisando varios conceptos transversales como: identidad, política, democracia, pueblo, clase, objetividad, sociedad, hegemonía, discurso, líder, etc. Por supuesto, este trabajo no pretende agotar las consecuencias de este aporte teórico, sino simplemente realizar una aproximación.

¿Sujeto o estructura? La importancia de llamarse Hitler

Comenzaremos el recorrido historiográfico con Patricio Geli y su caracterización de las distintas visiones sobre el 'factor Hitler', que él resume en dos posturas interpretativas. Una antinomia casi eterna en las ciencias sociales que tiene

que ver con la oposición sujeto/estructura. Distingue una visión “intencionalista” contrapuesta a una visión “funcionalista” o estructuralista, alrededor de las cuales realiza un recorrido cronológico hasta el estado de la cuestión más reciente. Desde su perspectiva, y en líneas generales, la primera se caracteriza por estar centrada en las intenciones de los grandes actores de la historia, en este caso en Hitler y en ocasiones en los individuos más destacados de su entorno. El foco está puesto en la voluntad del individuo, atribuyéndole una libertad de acción bastante ilimitada. En distintos momentos de la historiografía, esta postura ha sabido acercarse a la psicología, pues al centrarse tanto en la voluntad individual, termina tratando de explicar comportamientos sondeando en los orígenes de la vida familiar del Führer o en las características de su personalidad. Lo cual inevitablemente ha llevado a un análisis donde prima la descripción y la anécdota. Con los mismos resultados, algunos se han concentrado en la psicología de las masas que seguían a Hitler, “los alemanes”, encontrando en ellos la necesaria enfermedad mental que los llevó a entronizar a ese líder en el gobierno. De esta manera, el tipo de explicación de los distintos sucesos acaecidos durante la gobernación nacionalsocialista, al depender de los avatares de la mentalidad psicópata del líder (o sus allegados), termina siendo monocausal cuando no inexistente. (Geli, 1999: 120)

Esta postura intencionalista cuenta con otra corriente tal vez más asentada en una interpretación racionalista de la acción, que ve como un programa metódico a las distintas expresiones ideológicas que Hitler explicitó. En los inicios de su carrera política, rastrean la promulgación de un programa ideológico que sería la guía de acción del líder, y por ende del régimen nacionalsocialista en general, hasta su muerte. Posicionados en una mirada filosóficamente idealista de la realidad que explica lo social desde el mundo de las ideas, estos autores intentan “descubrir” una coherencia en la serie de discursos que Hitler produjo sobre el mundo, descubrimiento que les permitiría explicar los sucesos posteriores. El caos o la cuota de incoherencia de la que gozaba el gobierno nazi son considerados como partes, introducidas por medio de una racionalidad instrumental, de un proyecto unificado. De esta manera el delineamiento de un programa ideológico original permitiría dar razones para la guerra y la solución final, que sino resultarían incomprensibles e irracionales. Lo cierto es que las concepciones de mundo que Hitler fue elaborando pueden ser tan incoherentes como las de cualquier otro, y en este caso específico, tal vez más. Pero más allá de esto, es iluso pensar que una guerra o el exterminio sistemático de una población hayan sido el resultado del programa de una sola persona. Lo que el enfoque trataba de criticar era la visión de la ideología hitleriana como un cúmulo de ideas robadas y superpuestas incoherentemente. El problema es que establecer si el ideario era coherente y original o no lo era, no aporta mucho a la explicación de los hechos. De cualquier manera, al reafirmar el carácter absolutista del líder intentan darle lugar a la voluntad del individuo en los procesos sociales, criticando así las visiones más ortodoxas del estructuralismo, que veremos más adelante.

Si a estas concepciones le sumamos la noción de carisma como variable explicativa, que es presentada como evidente y por lo tanto nadie provee una explicación de lo que el carisma es, Hitler se termina convirtiendo en el principal y tal

vez único responsable de todo lo ocurrido durante su gobierno. Al conceder tanta atención al individuo, la personalidad y la voluntad, Hitler se transforma en un sujeto único e irreplicable y por extensión, el nazismo adquiere el mismo carácter. Porque para esta interpretación, el nazismo es inescindible de Hitler, ya que él viene a ser como el *zeitgeist* de esa Alemania. De esta forma nazismo puede ser indistintamente tratado como hitlerismo, y ambos se transforman en procesos tan singulares, según esta óptica, que se deja afuera cualquier comparación o teorización más estructural que permitiría dar un sentido no sólo al nazismo en sí, sino a otros procesos sociales, políticos y culturales similares.

Esta sea tal vez la intención de la segunda óptica que analiza Geli. La visión "funcionalista" cuestiona el papel todopoderoso del Führer y se centra más en la naturaleza policrática y caótica del régimen en su conjunto. Al indagar en las relaciones entre el partido y el Estado durante el gobierno nazi, el foco de atención se dirige al proceso de tomas de decisión en los distintos niveles de estas relaciones. Es así como llegan a trazar un esquema de poder basado en interacciones multifacéticas y policráticas, donde Hitler se presenta como una variable entre otras.

Así, el régimen nazi es entendido por Neumann, por ejemplo, como un "cogobierno de cuatro potencias que compiten salvajemente (el partido nazi, las fuerzas armadas, la industria y la burocracia estatal), estructurando, a modo de estados semiautónomos, un régimen de sesgo anarquizante". (Geli, 1999: 125) Aun cuando se preserva la dimensión carismática de Hitler, su autoridad se reduce a la legitimación de los acuerdos coyunturales. Por lo tanto el supuesto carácter caótico del sistema no es directamente adjudicado a Hitler, sino a la particular combinación de partido-gobierno-estado que imprimió al régimen una creciente tendencia a la fragmentación del poder y a la consecuente merma de la autoridad del Führer.

Desde esta perspectiva el líder es presentado como una figura central, no tanto por su poder real sino más bien por su valor simbólico, como aquel que simplemente otorga sanción a las presiones de las poderosas fuerzas en pugna y no aquel que posee un programa premeditado y del cual emanan las decisiones en forma autónoma. Mommsen, que profundiza esta perspectiva, caracteriza a Hitler como un "demagogo cuyo principal capital político reside en la imagen que ha forjado de sí mismo. Sus vagas obsesiones ideológicas, más que férreas declaraciones de intención, constituyen meros actos propagandísticos basados en slogans generales y subordinados a una conducta oportunista." (Geli, 1999: 127)

Después de los años '70 la tensión intencionalistas/funcionalistas pasa a segundo plano ya que el centro de la escena académica es ocupado por nuevas miradas sobre la historia inspiradas en los aportes de otras disciplinas del estudio social. Entre ellas encontramos la historia social, la historia de género, la historia cultural, etc. que, en general, dedicarán sus estudios a la construcción de un panorama de cómo todos aquellos procesos descritos por la historia hasta el momento fueron vividos por la sociedad en general y no sólo en las altas esferas del poder. Es decir que el foco ahora estaría puesto en la recepción, la interacción o los efectos de las acciones de las elites, el estado, los gobernantes, los partidos, etc. sobre aquellos agentes sociales a los que no se les había concedido atención en los estudios históricos anteriores. También gracias a la aparición de nuevas fuentes, se abre la

posibilidad de detectar acciones, relaciones, ideologías, relativamente independientes de los grupos hegemónicos. Pero en relación con estos últimos también surge la posibilidad de analizar los grados de consenso y legitimidad de la que gozaban y de esta forma obtener un cuadro más amplio de las relaciones de poder que se dan en una sociedad. Así, las directivas, los discursos, las decisiones del nazismo dejarían de ser unidireccionales y mecánicas para convertirse en propuestas, en posibilidades que, para su realización, dependen también de cómo son recibidas por las masas, de una articulación, del consenso.

Decadencia y descomposición: el análisis marxista

Hasta aquí un panorama general de la historiografía sobre el nazismo. En adelante y a través de Saborido recorreremos algunas de las posturas historiográficas más relevantes con respecto a los fascismos en general. Saborido expone un panorama que comprende un análisis y una crítica de las distintas interpretaciones sobre el fascismo, desde una perspectiva marxista. Las posturas que estudia son: una visión marxista ortodoxa, distintas posturas estructuralistas, análisis centrados en el concepto de 'totalitarismo' y nuevos estudios sobre el nazismo como religión laica. Alrededor de estas cuatro posturas, el autor analiza distintos conceptos centrales para comprender el nazismo y que han sido objeto de largas polémicas como: consenso, propaganda, revolución, rebelión, clase, líder, bonapartismo, democracia de masas, etc.

Comenzaremos por su análisis de la mirada marxista ortodoxa o tradicional. De acuerdo a esta visión, el fascismo es hijo del nacionalismo burgués, el chauvinismo, la barbarie y de una contrarrevolución antisoviética internacional y por lo tanto, rotundamente reaccionario. Al no cambiar en nada las estructuras económicas nunca podrá ser revolucionario, es una mera rebelión de la pequeña burguesía que en definitiva representa a los intereses del capital financiero y se opone así a la lucha del proletariado (verdaderamente) revolucionario. Su llegada al poder se produce gracias al debilitamiento de los antiguos partidos burgueses y la ineficiencia de los socialdemócratas para unir a la clase obrera en ese contexto. El accionar negligente de los socialdemócratas hizo que la juventud y el campesinado, posibles aliados en una revolución socialista, no terminaran de ser interpelados por el socialismo y se volcaran eventualmente al fascismo. Que gracias a su maestría en el arte de la demagogia, la hipocresía y el cinismo, logró dibujar un porvenir alentador luego de la guerra y el desastre económico. De esta manera, el fascismo viene a sustituir a una dominación burguesa más velada por una "dictadura terrorista abierta" (Saborido, 1994: 22) que se vale de la exaltación de los sentimientos populares y la guerra de conquista para liquidar cualquier vestigio de intento socialista; ya debilitado gracias a una política socialdemócrata y un comunismo desprevenido, que le posibilitaron al fascismo encontrarse con una clase obrera "escindida, desarmada política y orgánicamente" (Saborido, 1994: 25).

Pero una vez en el poder, su contribución al desarrollo del capital, refuerza los antagonismos de clase y es así como comienza a perder su apoyo en las masas. Agudiza las contradicciones del mismo modo que la política socialdemócrata de

colaboración de clases lo había hecho antes. El fascismo es un poder autodestructivo. Sustentado en una economía autárquica exitosa mina su propia existencia pues está consagrada a la guerra, que lleva al país a la ruina. Su carácter autodestructivo es reflejado también en las ocasionales purgas de sus propios partidarios. A su vez, liquida los últimos restos de la ilusión democrática burguesa y la autoridad de la legalidad. Por todo esto, constituye una fase de decadencia y descomposición del sistema capitalista, que le permitiría al comunismo producir un frente único proletario internacional. (Saborido, 1994: 30-34)

Otro punto de discusión dentro de esta perspectiva marxista tradicional se refiere a la relación entre bonapartismo (analizado exhaustivamente por el mismo Marx) y fascismo. En ambos se encontraría a la burguesía como una de sus bases sociales. En ambos, ésta cede su poder político a un ejecutivo independizado. Otra de sus bases sociales es el campesinado parcelario, caracterizado por propietarios minifundistas conservadores. En general, estos regímenes estarían compuestos por *desclasados* de todas las clases que pretenden continuar con un modo de vida extraeconómico a través del Estado: militares de bajo rango, burócratas, artistas, lumpenes, etc. Que por medio de una ideología nacionalista pretenden suprimir contrarrevolucionariamente las clases o unir las.

Una grave derrota del proletariado en medio de una crisis suele ser su condición de emergencia, en este sentido, la clase obrera habría infundido temor a la burguesía pero no fue capaz todavía de asumir el poder y conservarlo. Arribistas igual que la burguesía que los sustenta, prometen orden y seguridad, luchan ficticiamente contra la corrupción parlamentaria y burocrática y se erigen a sí mismos como salvadores imprescindibles de una sociedad, que para esto, mantienen en estado de excepción. Sin embargo, no constituyen más que una superior y última forma de poder estatal burgués, un estrechamiento de la relación entre burguesía y Estado, la dictadura manifiesta del capital. Esto, sumado a una ideología nacionalista-imperialista, lleva al fascismo a buscar una solución en el exterior, llegando eventualmente a la guerra.

Basándose en Trotsky, Saborido continúa el análisis de la tradición marxista en relación al nacionalsocialismo poniendo el acento en la pequeña burguesía y el papel de líder. Con respecto a éste, dice: "el jefe es una relación entre personas, una oferta individual a una demanda colectiva" (Saborido, 1994: 47). Hitler no habría aportado nada al movimiento más que la "sed de venganza de un soldado ultrajado" (Saborido, 1994: 49). A través de un sentimentalismo amorfo, una carencia de disciplina en el pensamiento y una ignorancia lisa y llana, Hitler logró dar unidad a cualquier tipo de descontentos y darles una dirección. "El fascismo elevó los bajos fondos de la sociedad hasta la política." (Saborido, 1994: 54) Negativos transformados en positivo gracias a la ideología nacionalista y a múltiples improvisaciones demagógicas.

Explicar el apoyo popular

Dentro de posturas que no responden exactamente a la ortodoxia marxista, surgen análisis igualmente estructuralistas influenciados por otras disciplinas o por

otras posiciones teóricas. Aquellos influenciados por el psicoanálisis, al estudiar el impacto del fascismo en las masas, se habrían preguntado ¿por qué las masas desearon al fascismo? Pero lo que Saborido objeta es que una perspectiva así deja de tener en cuenta a la clase y de esta manera termina hablando de una masa informe y de un apoyo sin matices que simplifican la cuestión. En una línea similar, la historia de las ideas se concentró en los discursos y en cómo fue contado el fascismo a las masas, poniendo a los sujetos en el lugar de receptores pasivos, restando importancia y poder a la masa que apoyó al fascismo.

Por eso Saborido intenta retomar el concepto de clase para producir una distinción dentro de la noción de “clases populares” que suele terminar siendo demasiado amplia. En este sentido, aclara que la clase obrera fue poco influenciada por el fascismo ya que continuó siendo fiel a las organizaciones obreras tradicionales, por eso se convirtió en una trinchera de resistencia una vez que los fascismos conquistaron el poder. Dentro de las clases rurales, por otro lado, la gran mayoría de los campesinos permanecieron impermeables al fascismo, sin embargo la pequeña burguesía rural sí lo apoyó. En tercer lugar, la pequeña burguesía urbana, tanto la reciente como la tradicional, sí fue la que representó el gran capital de apoyo activo dentro del fascismo. En este sentido, ésta última habría estado sobrerrepresentada, en detrimento de las dos primeras, dentro del movimiento fascista. Saborido continúa esta exploración de la noción de “clases populares” destacando que tanto la juventud como la población femenina fueron un importante punto de impacto del fascismo, gracias, según los autores, a la incidencia del fascismo en la institución familiar y en la escolarización.

Saborido introduce otra distinción, continuando con su indagación acerca del impacto popular del fascismo, ahora sobre los distintos momentos del fascismo. El autor registra una primera instancia donde el fascismo surge, una segunda instancia de “fascistización” y una tercera donde el fascismo ya es hegemónico. A partir de esta última etapa se registraría una progresiva desafección de las masas, debido, según los autores, a la represión y las purgas internas. De cualquier manera, Saborido termina cuestionando el término “impacto popular” porque simplifica una amplia gama que va de la adhesión incondicional a la resignación pasiva.

Sumado a la cuestión del “impacto popular” (desde una perspectiva estructuralista) está la cuestión económica, el nacionalismo, la ideología y el papel del comunismo. Sobre la economía estos autores coinciden en que hubo un aumento relativo de la explotación de las masas populares, que como contracara logró absorber la desocupación, pero al servicio de la concentración monopolista, la expansión imperialista y la industria de armamentos. El fascismo también mantuvo el poder de adquisición real de los trabajadores, aunque esto se interpreta como una estrategia para dividir a las clases populares y ganarse a unas a expensas de las otras.

Con respecto al nacionalismo, los autores dicen que éste no fue interpretado y usado solo en su dimensión agresiva y expansionista, sino también como piedra fundamental para la unidad nacional. Fue el nazismo el que llevó a cabo el proceso de unidad nacional capitalista en Alemania. En este sentido el nazismo, particularmente, resultaba imperialista hacia afuera pero antiimperialista hacia adentro.

Sobre la ideología, aclaran que no debe ser tomada como un sistema unificado, sino como una amplia gama de elementos discursivos heterogéneos que entraban en acción diferencialmente según a la clase social a la que se dirigían. El fascismo habría logrado “recoger en su discurso ideológico, desviándolas, una serie de aspiraciones populares profundas, a menudo específicas, de cada una de las clases, fracciones de clase y categorías sociales.” (Saborido, 1994: 66) Estos subconjuntos ideológicos regionales servían de arma a los distintos sectores sociales para disputarse un lugar en los aparatos del estado. Esta lógica aportaría una explicación para el impacto popular, en un sentido instrumental, claro. En estas disputas, a su vez, los autores registran espacios para la resistencia, a través de reclamos internos sobre el “verdadero fascismo”.

Partiendo de la noción de que el fascismo surge en parte por un terror al comunismo, los autores indican como posibilidad que las clases populares se volcaron al fascismo por el fracaso de los partidos comunistas en responder a objetivos revolucionarios a los que, a ojos de ciertas facciones, los fascismos sí respondían.

Los 6 puntos del totalitarismo

Después de la segunda guerra mundial se unifica al fascismo con el régimen soviético y cualquier gobierno socialista bajo la palabra *totalitarismo*. Estos regímenes totalitarios cumplían con 6 puntos: un partido de masas guiado por un líder, sistema de terror, un monopolio casi absoluto de los medios de comunicación y las armas de combate, un control centralizado de la economía y “una ideología oficial, a la que se supone que deben adherirse todos, enfocada hacia un ‘estado final perfecto de la humanidad’.” (Saborido, 1994: 75) Según Saborido esta conceptualización no supera la descripción de características comunes entre gobiernos y no teoriza sobre la construcción de esos gobiernos, su ideología, economía, objetivos, etc. Las críticas a esta mirada primermundista, hija de la guerra fría, suelen dirigirse al detalle de que algunos puntos deberían quitarse y agregarse otros. Otras críticas dicen que esas características pueden encontrarse en cualquier tipo de gobierno, actual o pasado.

El primero de los 6 puntos es la cuestión del líder. En general los análisis se inscriben en la línea inaugurada por Weber, quien habló de la dominación carismática. Este tipo de dominación, que se opone a la dominación racional y a la tradicional, supone la existencia de un líder con cualidades que lo ubican por sobre el nivel de los hombres comunes. Serían hombres excepcionales, predestinados, o por lo menos fuera de la norma. Distinto de la persuasión racional, “el ‘carisma’ fue impulsado y complementado, casi diríamos creado, por un proceso preparatorio, prolongado, de manipulación en que los oponentes son aterrorizados y silenciados, en que las decisiones se toman antes de las reuniones que supuestamente deben adoptarlas, y se simula la unanimidad por una combinación de terror, intriga y teatralidad, donde el Líder surge gradualmente como infalible e invencible.” (Saborido, 1994: 79) Una vez en el poder, el líder se esforzará por destruir la naturaleza institucional del partido que le permitió alcanzar esa posición e intentará subyugar al partido y hacer que éste dependa necesariamente de él. Así, los

gobiernos terminan siendo poco competentes y eficientes, al depender cada vez más de una sola persona con todos los hilos del poder. Ni totalitarios ni estados, son un caos generado por la ambición de un hombre, asistido por el apoyo masivo que su demagogia le permitió generar. El líder necesita erigirse como autoridad suprema porque cualquier institución o entidad rival que retenga cierto nivel de autonomía se convierte automáticamente en una amenaza de derrocamiento. Los líderes totalitarios tratan de imponer un gobierno personal y no el de un partido como institución, ni el de un estado como entidad legal establecida. En este sentido, el orden legal preexistente, que podría poner un freno a este tipo de poder, es deslegitimado, despreciado y finalmente reemplazado por nuevos códigos.

Mediante el monopolio de los medios de información y comunicación los totalitarismos intentan realizar su deseo de atacar el juicio moral privado del individuo. Lo moral pasa a ser materia del partido, el estado o la sociedad, no de los individuos. Porque éstos encuentran su realización en la identificación con el Estado o con el partido. De esta manera la libertad individual es perimida y el poder del Estado ilimitado. Pero para Gentile es una “verdadera democracia” (Saborido, 1994: 86) porque el individuo se identifica con el Estado y al ser el Estado ilimitado en su poder, de la misma forma el poder del individuo no tiene límites.

Que los totalitarismos dependan de una legitimidad popular los hace parte de la tradición liberal de las revoluciones norteamericana y francesa y en este sentido no se distancian mucho de cualquier gobierno democrático. Con respecto a la movilización de las masas, los autores entienden que su intensidad y su carácter incesante se deben primordialmente a la continua preparación para la guerra.

Copia y original. Tradiciones y novedades del fascismo.

Por otra parte, existe una historiografía más reciente que se concentra en la novedad y la tradición en el fascismo. En qué cosas son “originales” del fascismo y qué cosas son una apropiación de alguna tradición. Y en este sentido, los autores parecen coincidir en que la “originalidad” del fascismo reside en la invención de una religión laica, o por lo menos en constituirse en el punto culminante de un proceso de ritualización de la política, que se apoya en la liturgia, el mito y el “culto popular”. A su vez, el aspecto tradicional del fascismo residiría en su continuidad con el nacionalismo (*volk*, mitos y símbolos históricos) y los movimientos y la política de masas, que hicieron su aparición a fines del siglo XVIII, ciertamente antes de los fascismos.

Este punto sobre la herencia del fascismo matiza la idea de que surgieron a raíz de la Primera Guerra Mundial. Si bien es cierto que en Alemania fue en este contexto que surgieron los movimientos políticos de masas urbanos; los movimientos de masas, la apelación a la voluntad popular, la democratización de la política y hasta las consignas nacionalistas, son características de las sociedades modernas en general que aparecieron con las revoluciones burguesas a partir del siglo XVIII.

Para este enfoque, el objetivo del fascismo era “unificar nuevamente el mundo y restaurar (...) un nuevo sentido de la comunidad” (Saborido, 1994: 102) después del derrumbe. Para esto aparecen recurrentemente las palabras nación, pueblo y

voluntad general, que funcionarán como aglutinantes de esa nueva comunidad. Y aquí se abre una nueva discusión sobre el tema de la voluntad general. Para la historiografía liberal tradicional el concepto de 'totalitarismo', haciendo en hincapié en el terror y la relación pueblo/líder, refuerza la idea de que sólo un gobierno representativo puede ser democrático: error que la política de masas y la democracia griega debería haber enmendado. El apoyo popular que recibieron los fascismos se basó en la posibilidad de una participación política más vital y más significativa; más que en la idea burguesa de democracia parlamentaria. (Saborido, 1994: 100)

En Alemania la exaltación de la voluntad general se estimuló por dos factores: el surgimiento del nacionalismo (volk, mitos y símbolos históricos) y la aparición de los movimientos y la política de masas. Entonces, nación, pueblo y voluntad general serían los aglutinantes de una nueva comunidad que pretende crearse para restaurar un orden perdido. Pero estas palabras necesitan tener un soporte concreto, necesitan dejar de ser solo ideas. Y así es que aparece la simbología, que le da materialidad a esos aglutinantes. Los símbolos, objetivaciones visibles, terminan dando identidad a un pueblo nuevo.

A un conjunto de símbolos se lo puede llamar estética y tal vez a esto se aluda cuando se dice que el fascismo suponía un nuevo estilo político. Una estética da unidad a un cúmulo de cosas dispersas, para poder domar al pasado y al mundo. Que es la misma empresa del mito o el drama, plantear una historia coherente y ajustada a una forma conocida y reconocida por todos para que todos podamos entenderla y compartirla. Esta forma es denominada estética y tiene que ver con un ideal de belleza, de lo bueno y lo sagrado, y en oposición, de lo que es feo, malo y profano; que siempre aparecerá en el drama pero que debe ser derrotado, expulsado, exorcizado, transformado por lo menos en el final, para que la división quede clara y para reconfortarnos con la idea de que así es el mundo, o por lo menos así debe ser. Mediante esta estructura del drama, espectacular o literario, presente ya en mitos, relatos, liturgias religiosas, ritos de toda índole; la política se hizo de una herramienta más para poder atraer a las masas: "El ceremonial permite al grupo comportarse de un modo simbólicamente decorativo, para dar así la impresión de representar un universo ordenado; cada pequeña parte adquiere su identidad a partir de la interdependencia con las otras". (Saborido, 1994: 108-109)

La liturgia laica se convierte en una herramienta nueva para expresar una nueva actitud, una nueva postura frente a la vida, que no suele poder articularse de manera racional (conceptual) o lógica. Y de aquí la indeterminación y la ambigüedad que se le atribuye a los fascismos y que ellos mismo reconocían. La espontaneidad de una masa tan amplia y heterogénea más la batería de emociones e impulsos que el fascismo exalta adquieren coherencia en esta nueva forma política. (Saborido, 1994: 107) El estilo fascista transforma a la muchedumbre, a la plebe, a la masa, a los que están fuera de la sociedad o aquellos que intentan cambiarla mediante la violencia y el caos, en una fuerza política con cierta unidad y poder. (Saborido, 1994: 100)

La propuesta de Laclau: populismo y hegemonía

Ahora se intentará sintetizar la visión de Ernesto Laclau sobre el populismo, para establecer puntos de contacto con las interpretaciones sobre los fascismos analizadas hasta aquí. En primer lugar Laclau explora las distintas fuentes de desestimación del populismo como por ejemplo la denigración de la política en general, la idea de que la única forma de poder legítima es la de un poder administrativo, su vaguedad, ambigüedad, su carácter anti-intelectual, su tendencia a la manipulación y la noción de masa o multitudes como excesos peligrosos. En principio, sobre su vaguedad e indeterminación, tanto en el público al que se dirige y su discurso, como en sus consignas políticas, dice que esto no sería un defecto sino una característica de la realidad social. Y sobre la acusación del populismo como mera retórica, como simple palabrerío sin sentido, aclara que cualquier concepto carecería de cohesión interna sin recursos retóricos; que es la retórica el fundamento de cualquier posibilidad de significación o sea que es la base de existencia del lenguaje en sí y por lo tanto el uso de recursos retóricos no es privativo de los populismos sino que cualquier discurso político necesita de ellos.

La propuesta teórica de Laclau se asienta en tres categorías centrales: discurso, hegemonía y retórica. Sobre la categoría de *discurso* nos dice que es el “terreno primario de la construcción de la objetividad” (Laclau, 2009: 92). Aquí la categoría no se restringe al campo del habla y la escritura sino que se entiende como “un complejo de elementos en el cual las *relaciones* juegan un rol constitutivo”. (Laclau, 2009: 92) Esto significa que esos elementos son lo que son “sólo a través de sus relaciones diferenciales con algo diferente”. (Laclau, 2009:92) Los tipos de relación que se dan entre los elementos objetivos son dos: la combinación y la sustitución. Por eso no habría ningún fundamento apriorístico que los diferencie esencialmente o les de existencia, es sólo a través del juego de las diferencias que las cosas se constituyen objetivamente.

Para explicar su noción de *hegemonía* primero aclara que existen dos formas de construcción de lo social, la lógica de la diferencia y la lógica de la equivalencia. La tensión entre ellas es irresoluble y por lo tanto dan forma a una totalidad fallida donde la plenitud es inalcanzable. Sin embargo, debe existir algún tipo de cierre para que se pueda establecer algún tipo de significación o identidad. Este cierre se da cuando una particularidad, dentro del espacio social, asume la representación de la totalidad, y esto para Laclau es la hegemonía. Por otra parte, al no existir medios conceptuales para aprehender esa totalidad, ya que esa totalidad es inconmensurable, el acto de representación tampoco es explicable conceptualmente. Es por esto que la totalidad hegemónica se produce mediante un acto de investidura radical, donde los juegos de significación son distintos a la aprehensión conceptual pura y donde la dimensión afectiva juega un rol importante.

En este sentido, la noción de *retórica* es entendida como ese espacio donde las significaciones se producen. Un desplazamiento retórico se da cuando un término literal es sustituido por otro figurativo. Así funciona el lenguaje en general, nombrando aquello que es esencialmente innombrable. Esos actos de “nombramiento” en retórica se denominan catacreción, como por ejemplo, cuando se

le llamó patas a las patas de una silla. Una palabra que se usaba literalmente para designar las extremidades de un animal se desplazó para designar figuradamente los apoyos de un mueble. En este acto (hegemónico) se privilegió un significante [pata] a través de un recurso retórico y no porque existiera alguna relación previa o esencial entre esa palabra y el objeto que se nombraba. Por otro lado, este acto de nombramiento no es caprichoso, es absolutamente necesario, ya que algo que no tiene nombre no puede entrar en el campo de la representación, la emergencia de algo nuevo necesita un nombre para poder ordenarla. En política los significantes vacíos, que explicaremos más tarde, surgen de la misma necesidad de nombrar algo a la vez imposible y necesario.

A partir de estas consideraciones teóricas, el autor establece tres precondiciones para la emergencia de un populismo. La primera es la producción de una frontera antagónica entre un 'pueblo' y un poder insensible a sus demandas. Esta frontera es radical y esto implica su irrepresentabilidad conceptual. En la raíz de la frontera está la falta, vinculada a una demanda insatisfecha, y como la demanda está siempre dirigida a alguien, ese poder insensible a la demanda es el que quedará del otro lado de la frontera, el anti-pueblo. La falta es una brecha que surge en la comunidad, en el orden social, que era percibido hasta el momento como armónico. Como la plenitud de la comunidad está ahora ausente, el pueblo nuevo va a ser un intento de dar nombre a esa plenitud ausente. Por otro lado, aquellos responsables de la situación de deficiencia no podrán ser parte legítima de la comunidad, y es por eso que la brecha con ellos es insalvable. Pero cuanto más amplia sea la articulación (o cadena) equivalencial, es decir, cuando la lucha se vuelve más global que sectorial, más vaga será la identidad del enemigo y la identidad propia. Esta indeterminación está dada por la novedad de la situación y por el carácter contingente de la articulación populista. Así se explica la vaguedad e imprecisión de los símbolos populistas, no por un primitivismo intelectual de los populismos, sino por un rasgo inherente a la naturaleza misma de la política. Asimismo, en estos casos, la necesidad (ontológica) de algún orden dejará en segundo plano el contenido (óntico) de ese orden, es decir que el signo político de la nueva formación hegemónica podrá ser de derecha o izquierda, no importa, pero siempre pretenderá significar o representar un cambio con respecto a la situación previa.

La segunda precondición es la creación de una cadena equivalencial de demandas. Para esto debemos aclarar que Laclau divide la unidad 'grupo' (que se suele definir a priori en cualquier análisis dentro de las ciencias sociales) en unidades menores, *demandas*. Si varias demandas se articulan pueden formar un grupo. En este sentido, la formación de un grupo se vuelve más inestable, ya que depende de una articulación. La demanda, además, se define en forma negativa ya que existe en tanto reclama a un orden establecido, y en este sentido se ubica en oposición a ese orden, al mismo tiempo está adentro y afuera de este. La demanda entonces cuestiona a un orden, que así no puede sostenerse como una totalidad coherente. A la vez la demanda requiere algún tipo de totalización para cristalizarse en algo inscribible dentro del sistema, de aquel orden. (Laclau, 2009: 9) Volvamos a la lógica de la diferencia y la lógica de la diferencia, estas se pueden expresar en el campo social a través de dos tipos diferentes de demandas: demandas democráticas, que son

peticiones que se dirigen al poder instituido en forma aislada y que ese poder las resuelve (si es que lo hace) en forma diferenciada; demandas populares, que son una pluralidad de peticiones (inicialmente aisladas) que se transforman en *reclamos* articulados equivalencialmente, es decir que son demandas democráticas que no fueron resueltas por el poder vigente y que se fueron agregando al ser igualmente ignoradas. Esta articulación es lo que el autor denomina cadena equivalencial.

Por último, la unificación de estas demandas en un sistema estable de identificación (Laclau, 2009: 102), es la tercera precondition. Esto implica entonces la formación de una identidad popular. Aunque en un primer momento el carácter diferencial de las demandas era el rasgo que se acentuaba, ahora es su carácter equivalencial el que se privilegia y se vuelve su fundamento. Sin esta inversión no hay "pueblo". El *populus* como lo dado, como el conjunto de relaciones sociales tal como ellas son, se revela como una falsa totalidad, como una parcialidad que es fuente de opresión. Por lo tanto, la *plebs*, cuyas demandas parciales se inscriben en un horizonte de una totalidad plena (una sociedad justa que sólo existe idealmente) puede aspirar a construir un *populus* verdaderamente universal que es negado por la situación realmente existente. Es a causa de que estas dos visiones del *populus* son estrictamente inconmensurables, que una cierta particularidad (la *plebs*) puede identificarse con el *populus* concebido como totalidad ideal. (Laclau, 2009: 123)

Para que se establezca un vínculo equivalencial entre las demandas debe encontrarse algún denominador común que encarne la totalidad de la serie. Como este denominador común debe provenir de la misma serie, sólo puede ser una demanda individual que, por una serie de razones circunstanciales, adquiere cierta centralidad. Este movimiento sería para Laclau una operación hegemónica. Entonces, la demanda que cristaliza la identidad popular está internamente dividida. Por un lado, continúa siendo una demanda particular; por otro, pasa a ser el significante de una universalidad más amplia. Pero esta significación más universal es necesariamente transmitida a los otros eslabones de la cadena, que de esta manera se dividen también entre el particularismo de sus propias demandas y la significación popular dada por su inscripción dentro de la cadena. (Laclau, 2009: 124) La función de representar la 'universalidad' de la cadena va a prevalecer sobre la de expresar el reclamo particular que dio lugar a esa función. Así, la identidad popular se vuelve más plena *cuantitativamente* al representar una cadena cada vez más extensa de demandas; pero se vuelve *cualitativamente* más pobre al tener que despojarse de contenidos particulares a fin de abarcar cada vez más demandas, heterogéneas entre sí.

De esta forma, una identidad popular funciona como un significante tendencialmente vacío. Este significante no sería un "significante sin significado", esto sólo podría significar 'ruido' y como tal estaría fuera del sistema de significación. Cuando Laclau habla de "significantes vacíos" quiere decir algo diferente: que existe un punto, dentro del sistema de significación, que es irrepresentable. Y es en ese sentido que permanece *vacío*, pero es un vacío que puede ser significado porque es un vacío *dentro de* la significación (es como el 'cero' de Pascal). (Laclau, 2009: 136) Tampoco es un término *abstracto*. Una discusión sobre si una sociedad justa será provista por un orden fascista o socialista no procede de una

deducción lógica a partir de un concepto de “justicia” aceptado por ambas partes, sino mediante una investidura radical cuyos pasos discursivos no son conexiones lógico-conceptuales, sino atributivo-performativas. Performativa porque la articulación entre universalidad y particularidad que implica la constitución de un ‘pueblo’ no es algo que sólo tiene lugar en el nivel de las palabras y las imágenes: también se sedimenta en prácticas e instituciones. Implica una articulación de palabras y acciones, que se da por hecho en la misma noción de discurso. (Laclau, 2009: 126) La cadena debe ser expresada mediante la condensación en un elemento singular porque no se trata de una operación conceptual de encontrar un rasgo común abstracto y subyacente en todos los agravios sociales, sino de una operación performativa que constituye la cadena como tal. (Laclau, 2009: 126)

De esta forma también podemos explicar la centralidad del líder en los movimientos populistas (y fascistas). La unidad de la formación discursiva no puede estar dada por un objeto conceptualmente aprehensible porque esa unidad intenta expresar algo radicalmente nuevo y en este sentido no puede ser representada por algo que ya exista dentro del marco simbólico social instituido. La demanda popular *excede* lo que es diferencialmente representable dentro de él, por eso se vuelve central el efecto de nominación, que aquí actúa como cemento social de elementos heterogéneos. (Laclau, 2009: 10) En este sentido, el nombre se vuelve el fundamento de la cosa. Este nombre va a dar singularidad a algo que hasta el momento era múltiple, heterogéneo. El pasaje de la creación de una nueva singularidad, a la individualidad, que sería una forma extrema de la primera, está dado por la lógica de la equivalencia, que de esta manera lleva a la identificación de la unidad del grupo con el nombre del líder. Por eso en muchos casos las identidades políticas que se producen de esta manera incluso llevan el nombre del líder. (bonapartismo, leninismo, stalinismo, peronismo) En este sentido, la identificación del grupo en torno a una individualidad es inherente a la formación de un pueblo. (Laclau, 2009: 129)

El nombre es incapaz de determinar qué tipo de demandas entran en la cadena equivalencial. Los nombres del ‘pueblo’ nunca pueden controlar completamente cuáles son las demandas que encarnan y representan. El ‘pueblo’ es el sitio de tensión de dos movimientos opuestos y del precario equilibrio que logran establecer entre ellos. El resultado de esto es una ambigüedad ideológica necesaria. (Laclau, 2009: 140) Como ese nombre no está conceptualmente fundamentado los límites entre las demandas que excluye y las que incluye se desdibujan y se da lugar al cuestionamiento permanente. En este contexto cualquier intento por conceptualizar algún significante vacío será un acto contra-hegemónico. (Laclau, 2009: 231)

Para Laclau lo que está detrás del acto de nominación, aquello que lo hace posible, es el afecto. Este es entendido por los lacanianos como investiduras, estas implican (en pocas palabras) la carga a un determinado objeto de una energía psíquica –catexia– que se vuelca en ese objeto para que éste pueda encarnar una plenitud mítica (relacionada con la idea de volver al momento anterior al nacimiento, momento de plenitud inalcanzable ya que volver a él implica la muerte). Esta inversión de energía psíquica es contingente, depende de un contexto y no es

predecible, por eso es radical. Esta investidura, además, produce una exageración de la diferencia entre un objeto y otro. ¿Pero qué tiene que ver esto con la política y el populismo? Para el autor (y para cualquier autor relacionado con la teoría Lacaniana) las operaciones del inconsciente funcionan de manera similar a la retórica y el punto en común son las relaciones entre significados y significantes. Es por esto que dice que se necesita del afecto para producir cualquier significación, porque es el afecto el que le pone valor a las cosas y mediante esta valoración podemos diferenciarlas. Por consiguiente para Laclau el afecto tiene un lugar central en la constitución de lo social, según él, de hecho “el lazo social es un lazo libidinal.” (Laclau, 2009: 10) Y es por esta razón que carece de sentido la desestimación de los aspectos emocionales del populismo en nombre de una racionalidad incontaminable. (Laclau, 2009: 143)

Volvamos a la investidura radical, la hegemonía no es otra cosa que la investidura, en un objeto parcial, de una plenitud (“una sociedad completamente reconciliada”) que siempre nos evade porque es mítica. Y esa parcialidad no es un reemplazo o imitación inferior de la cosa *real*, es el nombre de la plenitud en un determinado momento histórico y el punto de partida de adhesiones profundas. (Laclau, 2009: 149) Es una demanda, que era una más entre otras, y que adquiere en un momento una centralidad inesperada y se vuelve el nombre de algo que la excede, de algo que no puede controlar por sí misma. Cuando una demanda democrática atraviesa esta senda se convierte en una demanda popular. Pero esta meta es inalcanzable por su propia particularidad inicial. Es sólo entonces que el “nombre” se separa del “concepto”, el significante del significado. Y sin esta separación no hay populismo. (Laclau, 2009: 153)

Conclusiones

En la introducción de “Historia del siglo XX”, Hobsbawm destaca la importancia de ofrecer alguna explicación para los sucesos históricos que suelen ser meramente descriptos. (Hobsbawm, 2010: 13) Me gustaría agregar que la misma importancia tiene considerar que cualquier postura o mirada sobre la historia está ligada a determinada posición filosófica e ideológica. Entre otras cosas, una particular noción de sujeto, una ontología. Y esto es capital para reconstruir las explicaciones que la historia propone del fascismo. Porque atraviesa indiscutiblemente el debate primacía del sujeto/primacía de la estructura, la importancia del factor Hitler, el papel de las ‘masas’, el apoyo popular, el surgimiento del fascismo y cualquier discusión sobre la realidad social.

Por eso esta aproximación a Laclau, porque permite volver a revisar un cúmulo de discusiones sobre el nazismo que fuimos explorando más arriba. Sobre su origen Hobsbawm nos dice que en gran parte el carácter dictatorial del nazismo surge de su oposición antagónica a los regímenes liberales que conjuraron su penuria económica y social después de la 1ª Guerra Mundial. (Hobsbawm, 2010: 132-133) y en este sentido no está muy lejos de la frontera antagónica de Laclau. La diferencia es que Laclau propone una explicación basada en una idea específica de construcción de lo social, en cambio la explicación de Hobsbawm no explicita cuál es su fundamento teórico y por lo tanto debemos confiar en el sentido común.

Sobre la interpretación marxista en especial, podríamos sugerir a partir de Laclau que el nazismo no surge tanto como resultado de una debilidad de los partidos burgueses tradicionales y la socialdemocracia, sino más bien a partir de una oposición, un antagonismo radical con estos, al no poder haber dado respuesta a una acumulación de demandas sociales. Sobre su carácter burgués podríamos decir que en un primer momento el nazismo mejora la situación económica que se vivía antes de su aparición, es cierto que esta mejora benefició principalmente a los "burgueses" pero no es menos cierto que gran parte de las adhesiones políticas que tuvo no fueron exclusivamente burguesas. ¿Y esto se explica simplemente por la manipulación, por la irracionalidad, por la falsa conciencia, por la estupidez de la masa? La propuesta teórica de Laclau propone otro tipo de explicación, basada en una idea de racionalidad distinta que actúa mediante una lógica equiparable a la del lenguaje y el inconsciente. Que además pone el acento en la construcción discursiva y política de la realidad y que por lo tanto entiende la formación de identidades como un proceso mucho más inestable y contingente. En este sentido se opone al marxismo que confunde clase social con identidad política. Si se adopta el punto de vista marxista, no se puede dejar de coincidir en que existen clases sociales diferentes y diferenciadas por su relación con respecto a la propiedad, de los medios de producción, según el marxismo más tradicional, de ciertos gustos, hábitos, relaciones, experiencias, objetos culturales, según un marxismo más laxo. Sin embargo que esas clases sociales se conviertan en identidades políticas depende otros factores, que esperamos hayan quedado claros más arriba. La idea de antagonismo de clases presenta dificultades relacionadas con esta discusión. No hay una necesidad dialéctica en el antagonismo entre proletariado y burguesía porque si se los considera conceptualmente, el proletariado es aquel que no tiene más propiedad que sus hijos y se ve forzado para sobrevivir en el capitalismo a vender su fuerza de trabajo; la burguesía es aquella que posee los medios de producción. Que de la interacción entre estas dos clases sociales surja una lucha dependerá de una articulación política contingente y no de mecanismos ocultos en una estructura social inaprensible. La explotación no implica por sí misma la sublevación de las masas.

Con respecto al cinismo y la demagogia del que se acusa al nazismo o cualquier populismo, en el sentido de producir discursos o acciones en las que no cree realmente, debemos decir que la propuesta de un porvenir alentador por parte de estos movimientos (por lo menos en principio) no necesariamente es un relato ficcional y mentiroso, ya que en muchos casos esa idea de un mundo mejor es lo que constituye al grupo. En el caso del nazismo podríamos entrever que su idea de comunidad plena estaba fuertemente ligada al nacionalismo, la voluntad popular, el chovinismo, el racismo. Éstos según Laclau podrían ser los significantes flotantes y Hitler, nazi o Führer los significantes vacíos. Gran parte de sus medidas de gobierno estuvieron orientadas por estas ideas, lo que los llevó a intentar eliminar poblaciones enteras, mediante la guerra o el exterminio sistemático. En este caso, como los significantes que dan unidad a la comunidad están fuertemente ligados a significados precisos (nación alemana=raza aria) la posibilidad de pluralidad se extingue y aquellos que quedan del otro lado de la frontera antagónica, deben ser expulsados de la comunidad o exterminados. Por eso cuando la etnia se cuele en la

constitución de una identidad política, la propensión al autoritarismo y la violencia es ineludible.

Bibliografía

Geli, Patricio (1999) "Incursiones en una polémica siempre recurrente: el debate historiográfico en torno al 'factor Hitler' entre los años '60 y los '90" en María Grillo, Victoria (comp.) *Tradicionalismo y fascismo europeo*, Buenos Aires, Eudeba.

Hobsbawm, Eric (2010) *Historia del Siglo XX*, Buenos Aires, Crítica.

Laclau, Ernesto (2009) *La Razón Populista*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

Saborido, Jorge (1994) *Interpretaciones del fascismo*, Buenos Aires, Biblos.